

mas que para pláticas. Mire vuestra merced si se puede levantar, y ayudaremos á Rocinante, aunque no lo merece, porque él fué la causa principal de todo este molimiento. Jamás tal creí de Rocinante, que le tenía por persona casta y tan pacífica como yo. En fin, bien dicen que es menester mucho tiempo para venir á conocer las personas, y que no hay cosa segura en esta vida. ¡ Quién dijera que, tras de aquellas tan grandes cuchilladas como vuestra merced dió á <sup>a</sup> aquel desdichado caballero <sup>b</sup> andante, había de venir, por la posta y en seguimiento suyo, esta tan grande tempestad de palos que ha descargado sobre nuestras espaldas!

— Aun las tuyas, Sancho, — replicó D. Quijote, — deben de estar hechas á semejantes nublados; pero las mías, criadas entre sinabafas y holandas, claro está que sentirán más el dolor desta desgracia; y si no fuese porque imagino... ¿ qué digo imagino?... sé muy cierto, que todas estas incomodidades son muy anejas al ejercicio de las armas, aquí me dejaría morir de puro enojo. »

*a. ...dió aquel. L. 3. = b. ...desdichado andante. BR. 3, AMB., TON., A. 1, ARR.*

4. ...que le tenía por persona casta y tan pacífica como yo. — « Desprendámonos de cristales de aumento y veamos las cosas como son. Se trata de una expansión poética, no de otra cosa; de un tropo que los retóricos llaman *personificación*, no de algo con trascendencia jurídica. Llega á tal punto el genio poético de Cervantes, que aun dos animales tan prosaicos como son Rocinante y Rucio, sin perder lo característico de su naturaleza, preséntanse como dos individualidades, en la especie, repletas de interés en ciertas ocasiones. Y ¿ cómo no, si ellos, en compañía de D. Quijote y Sancho, componen una misma familia, tanto más compacta cuanto mayores son las contrariedades que les impelen fatalmente? »

¡ Cuán mezquina es la crítica que antecede, y qué levantada esotra del ilustre Menéndez y Pelayo! Éste no se entretiene en figurillas retóricas, antes bien nos dice, con hondo sentido, que Rocinante y el Rucio participan de la misma inmortalidad que gozan en el universo mundo D. Quijote y Sancho:

« Hasta las bestias que estos personajes montan, — escribe, — participan de la inmortalidad de sus amos. La tierra que ellos hollaron quedó consagrada para siempre en la geografía poética del mundo, y hoy mismo que se encarnizan contra ella hados crueles, todavía el recuerdo de tal libro es nuestra mayor ejecutoria de nobleza, y las familiares sombras de sus héroes continúan avivando las mortecinas llamas del hogar patrio y atrayendo sobre él el amor y las bendiciones del género humano. » (*Discurso leído en el Paraninfo de la Universidad Central en la solemne fiesta académica de 8 de Mayo de 1905, y publicado en el n.º 5 de la « Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos ».*)

12. ...pero las mías, criadas entre sinabafas y holandas. — Sinabafa es voz griega, y vale tanto como *sin tintura alguna*. Hoy no se hacen estas telas finísimas usadas antiguamente por personas principales.

Á esto replicó el escudero: « — Señor, ya que estas desgracias son de la cosecha de la caballería, dígame vuestra merced si suceden muy á menudo, ó si tienen sus tiempos limitados en que acaecen; porque me parece á mí que, á dos cosechas, quedaremos inútiles para la tercera, si Dios, por su infinita misericordia, no nos socorre. »

— Sábetete, amigo Sancho, — respondió D. Quijote, — que la vida de los caballeros andantes está sujeta á mil peligros y desventuras, y ni más ni menos está <sup>a</sup> en potencia propincua de ser los caballeros andantes reyes y emperadores, como lo ha mostrado la experiencia en muchos y diversos caballeros de cuyas historias yo tengo entera noticia. Y pudiérate contar ahora, si el dolor me diera lugar, de algunos que sólo por el valor de su brazo han subido á los altos grados que he contado, y estos mismos se vieron antes y después en diversas calamidades y miserias; porque el valeroso Amadís de Gaula se vió en poder de su mortal enemigo Arcalaus, el encantador, de quien se tiene por averiguado que le dió, teniéndole preso, más de doscientos azotes con las riendas de su caballo, atado á una columna de un patio; y aun hay un autor secreto, y de no poco crédito, que dice que, habiendo cogido al caballero del Febo con una cierta trampa que se le hundió debajo de los pies en un <sup>b</sup> cierto cas-

*a. ...están. ARG. 1, 2, BENJ. = b. ...en cierto. TON.*

20. ...habiendo cogido al caballero del Febo con una cierta trampa. — « Á Lisuarte de Grecia le sucedió también esto de hundirse en la trampa de un castillo donde había entrado por engaño de una falsa doncella, y, á la luz del carbunco que llevaba en el pomo de su espada, vió que estaba en una bóveda tallada en la peña. Allí salió, por una puerta levadiza de hierro muy gruesa, una espantable sierpe de más de cuarenta pies de largo, que, silbando horriblemente y haciendo sonar sus conchas unas con otras, le embistió, le cogió entre los dientes y andaba así *con él á un cabo y otro de la cueva*. Lisuarte, que de un golpe le había cortado una oreja (las tenía de brazada y media de largo), logró darle una estocada por el oído que había quedado descubierto, y, muerta de este modo la sierpe, pudo salir con mucho trabajo, y se halló en el patio del castillo. La cabeza del monstruo fué llevada á Constantinopla, y después á Trapisonda, donde el emperador hizo colgarla ante la puerta de su palacio (1).

Tarín, escudero de D. Policisne de Boecia, recién armado caballero por su señor, se combatió con otro caballero en un barco, donde le armaron un engaño, y cayó en una trampa que volvió á cerrarse, y preso allí le ataron unos enanos (2). »

(1) *Lisuarte de Grecia*, cap. 54, 55 y 58.

(2) *Policisne de Boecia*, cap. 80.

tillo, y<sup>a</sup>, al caer, se halló en una honda sima debajo de tierra, atado de pies y manos, y allí le echaron una destas que llaman melecinas de agua de nieve y arena, de lo que llegó muy al cabo; y si no fuera socorrido, en aquella gran cuita, dé un sabio grande amigo  
5 suyo, lo pasara muy mal el pobre caballero. Así que bien puedo yo pasar entre tanta buena gente, que mayores afrentas son las

a. ...castillo, al caer. TON., ARR., CL., RIV., ARG.<sup>1,2</sup>, MAT., BENJ.

Á los casos novelescos que relata el comentador murciano, puede añadir este otro real y objetivo, que diría Hegel:

Desafiado Carlos de Anjou por el rey de Aragón Pedro III, y designado por árbitro Eduardo, rey de Inglaterra, concertóse, en 30 de Diciembre de 1282, que el duelo se verificase en Burdeos. Excomulgados por el papa Martín IV cuantos acudiesen á la liza, se alistaron, no obstante, hasta ciento treinta campeones aragoneses; entre los franceses, trescientos caballeros y el mismo rey, sobrino de Carlos de Anjou.

«Llegado éste á Burdeos el 25 de Mayo de 1283, — escribe un historiador (1), — hizo construir á toda prisa un gran palenque largo y estrecho, rodeado de gradas como un anfiteatro, con dos departamentos para los dos bandos enemigos, guarnecidos de empalizadas y de fosos; pero destinando para los de Aragón uno que conducía á un callejón sin salida, á los de Carlos el otro en que se hallaba la única puerta por donde todos habian de entrar. Esta circunstancia indujo la general sospecha y rumor de que los franceses tenían el proyecto de ocupar esta puerta por fuera y hacer una matanza en los aragoneses si salían victoriosos. Daba consistencia á esta voz alarmante el ver todos los caminos y cercanías de Burdeos militarmente ocupados por franceses, el aparato con que se presentó el rey de Francia, y las expresiones imprudentes y amenazadoras que no reparaban en proferir sus soldados.

Don Pedro de Aragón, que por cierto no era hombre que pecara ni de cobarde ni de incauto, noticioso de la sospechosa actitud de los franceses, y no queriendo por una parte faltar á la liza y dar con ello ocasión á que se le murmurara de hombre sin corazón y sin palabra, mas tomando por otra las debidas precauciones para no ser víctima de asechanzas desleales, ordenó á sus campeones que concurriesen diseminados á Burdeos para el día señalado, y él con tres caballeros de su confianza se encaminó de Valencia á Tarazona, donde tuvo una rápida entrevista con el infante D. Sancho de Castilla, que andaba entonces levantado y en guerra contra su padre. Desde allí envió secretamente á Gilabert de Cruylles á preguntar al senescal de Eduardo de Inglaterra en Burdeos si le aseguraba el campo, y él prosiguió su camino de la manera siguiente: Concertóse bajo juramento de fidelidad y de reserva con un aragonés llamado Domingo de la Higuera, traficante en caballos y conocedor de todos los caminos y veredas de uno y otro lado del Pirineo, en que el rey y sus tres caballeros irían disfrazados y pobremente vestidos como si fuesen los criados y sirvientes del rico mercader. Llevaba el rey una vieja capa azul, una maleta común á la grupa de su caballo, en la mano un venablo de caza, cota de malla debajo del vestido y un yelmo bajo el capuchón que le cubría la cabeza. En los alojamientos ó posadas, Domingo de la Higuera, que se distin-

(1) M. LAFUENTE. *Historia general de España*, t. I, pág. 444. — Barcelona, 1877.

que éstos pasaron que no las que ahora nosotros<sup>a</sup> pasamos. Porque quiero hacerte sabidor, Sancho, que no afrentan las heridas que se dan con los instrumentos que acaso se hallan en las manos, y esto está, en la ley del duelo, escrito por palabras expresas: que si el zapatero da<sup>b</sup> á otro con la horma que tiene en la mano, puesto que  
5 verdaderamente es de palo, no por eso se dirá que queda apaleado

a. ...que ora pasamos. L.<sup>1</sup>. = b. ...zapatero de á otro. Bow.

guia por la decencia de su traje, comía aparte, servido por sus criados, y principalmente por el rey. De esta manera, salvando todos los peligros, llegaron el 31 de Mayo á las puertas de Burdeos. Inmediatamente envió á Berenguer de Peratallada á la ciudad para que viese á Gilabert de Cruylles, y le encargase decir al senescal del rey de Inglaterra que un amigo suyo deseaba hablarle y le esperaba fuera de la ciudad. Acudió el senescal Juan de Greilly; acercándose á él D. Pedro le dijo: «— El rey de Aragón me envía secretamente á preguntaros si el rey de Inglaterra y vos en su nombre le aseguraréis el campo y podrá venir sin peligro.» «— Decid á vuestro rey, — le contestó el senescal, — que de ninguna manera; que, habiendo el rey Eduardo rehusado ser juez del campo y protestado contra el duelo, ni él ni yo somos parte en este negocio, y mucho menos apoderadas como se hallan de Burdeos y su comarca las tropas francesas.» «— Pues al menos, — replicó el supuesto enviado, — ruégoos me hagáis la merced de enseñarme el palenque.» Hizolo así el senescal, y tan luego como llegaron al sitio, echando D. Pedro su capuchón á la espalda: «— Yo soy el mismo rey de Aragón, — le dijo; — conocedme.» Asombrado Greilly le aconsejó que huyera, mas el aragonés no quiso hacerlo sin recorrer antes el palenque; dió una vuelta al área de la liza, é hizo que allí mismo se levantara acta firmada por el senescal y un notario para que constase que él había cumplido su palabra y empeño de comparecer, y que si no se realizaba el combate la culpa no era suya sino de su competidor, que con sus alarmantes medidas había faltado á las leyes del duelo. Con esto dejó al senescal sus armas en testimonio de haber concurrido personalmente, y, partiendo otra vez camino de Bayona, regresó á España por Fuenterrabia.

Presentóse Carlos al día siguiente (1.º de Junio) en la liza, y, como viese que no comparecía el rey de Aragón, llamábale ya en alta voz traidor y cobarde; mas habiéndole presentado el senescal el acta de comparecimiento, descargó en él su furia mandándole prender, si bien tuvo que ponerle pronto en libertad por la conmoción que excitó en Burdeos el atentado. Centelleaba Carlos de cólera al ver así burlados todos sus designios: proclamaba que el rey de Aragón era *peor que los demonios del infierno*, y se vengó en despachar correos por todas partes pregonando injurias contra el monarca aragonés. Tal fué el dramático remate de aquel famoso duelo que tenía en expectativa á todas las naciones y príncipes de Europa, y que de ningún modo hubiera podido ya ser legal, puesto que además del ostentoso aparato de tropas y de las sospechosas disposiciones con que se había presentado uno de los contendientes, habiéndose negado el rey de Inglaterra á ser el mantenedor y juez del combate, faltaban todas las condiciones del convenio de 30 de Diciembre; y el rey de Aragón, sobre no estar obligado á una lid sin las debidas y pactadas formalidades, obró muy cautamente en no fiarse en la lealtad de quien había llevado al cadalso á Conradino.»

aquel á quien dió con ella. Digo esto porque no pienses que, puesto que quedamos desta pendencia molidos, quedamos afrentados; porque las armas que aquellos hombres traían, con que nos machacaron, no eran otras que sus<sup>a</sup> estacas, y ninguno dellos, á lo  
5 que se me acuerda, tenía estoque, espada ni puñal.

— No me dieron á mí lugar, — respondió Sancho, — á que mirase en tanto, porque apenas puse mano á mi tizona cuando me santi-  
guaron los hombros<sup>b</sup> con sus pinos, de manera que me quitaron la  
vista de los ojos y la fuerza de los pies, dando conmigo adonde ahora  
10 yago<sup>c</sup>, y adonde no me da pena alguna el pensar si fué afrenta ó no lo de los estacazos, como me la da el dolor de los golpes, que me han de quedar tan impresos en la memoria como en las espaldas.

a. ...otras que estacas. TON. — b. ...los hombres con sus pinos. RIV.  
c. ...conmigo donde ahora yazgo. MAI.

1. ...no pienses que, puesto que quedamos desta pendencia molidos, quedamos afrentados; porque las armas que aquellos hombres traían, con que nos machacaron, no eran otras que sus estacas. — ¡Triste engaño el de D. Quijote! ¡Triste destino el suyo! Desde el momento en que se entrega al duro ejercicio de la caballería andante, no sufre sino decepciones. El que dice que su ley es su espada, sus fueros sus bríos, sus premáticas su voluntad, vive sujeto á la de todos; y, en su locura, ha de buscar ingeniosos artificios para cohonestar las desventuras con que va tropezando en su heroica peregrinación. Blanco de befa y escarnio, un día, el truhán del ventero, le echa de su casa con la cortesia más irónica; luego, aquel vecino de su lugar, que le encontró maltrecho, le mira con compasivo desdén, si caben juntas estas dos palabras; y ahora, los yangüeses, los rústicos yangüeses, le muelen á estacazos, á él, que se cree señor de la tierra. ¡Qué astucia tan inocente! ¡Que no quedan afrentados porque las armas de aquellos hombres eran estacas!

¡Qué sugerencias las del falso honor!

7. ...porque apenas puse mano á mi tizona. — «Es corrupción tizona de *teutona*, nombre que debió darse á aquella suerte de espadas por su procedencia de Alemania, y cuya introducción en España, como la de otras armas del propio origen, se remonta á fecha remotísima (véase S. Isidoro, *Or.*, lib. XVIII, 7). En el *Voc. aráb. lat.*, de R. Martín, se halla la palabra *Tauchol*, con significación de *sagita*. Yo creo que tiene el propio origen que *tizona*, así como la voz *tucón* por *teutón*, que se encuentra en el *Libre de Alexandre*, y nuestros *chuzo* y *chuzón* (véase Simonet, *Glos. de las voces ibér. y lat. usadas por los mozárabes*, y á Covarrubias, *Tesoro de la Lengua cast.*, s. *chuzón*, que da á esta voz origen suizo).» (LEOPOLDO EGUÍLAZ Y YANGUAS. *Notas al Ingenioso Hidalgo*, pág. 140.)

Por lo que se lee en el *Poema del Cid* (v. 2435-2438) sobre las dos espadas del héroe burgalés, la *tizona* fué el despojo de una batalla:

«Mató á Bucar, al rey de alen mar,  
É ganó á *Tizón*, que mill marcos d'oro val;  
Venció la batalla maravillosa é grant;  
Aquis' ondró Mio Cid, é quantos con él son...»

— Con todo eso, te hago saber, hermano Panza, — replicó D. Quijote, — que no hay memoria á quien el tiempo no acabe ni dolor que<sup>a</sup> muerte no le consuma.

— Pues ¿qué mayor desdicha puede ser, — replicó Panza, — de<sup>b</sup> aquella que aguarda al tiempo que la consuma y á la muerte que  
5 la acabe? Si esta nuestra desgracia fuera de aquellas que con un par de bizmas se curan<sup>c</sup>, aun no tan malo; pero voy viendo que no han de bastar todos los emplastos de un hospital para ponerlas<sup>d</sup> en buen término siquiera.

— Déjate deso, y saca fuerzas de flaqueza, Sancho, — respondió  
10 D. Quijote, — que así haré yo; y veamos cómo está Rocinante, que, á lo que me parece, no le ha cabido al pobre la menor parte desta desgracia.

— No hay de<sup>e</sup> qué maravillarse deso, — respondió Sancho, — siendo él también caballero<sup>f</sup> andante: de lo que yo me maravillo es  
15 de que mi jumento haya quedado libre y sin costas donde nosotros salimos sin costillas.

— Siempre deja la ventura una puerta abierta en las desdichas<sup>g</sup> para dar remedio á ellas, — dijo D. Quijote. — Dígolo porque esa<sup>h</sup> bestezuela podrá suplir ahora la falta de Rocinante llevándome á  
20

a. ...que la muerte. ARG.<sub>1,2</sub>, MAI., BENJ., FK. = b. ...que. A.<sub>1</sub>, PELL., ARR., MAI. = c. ...se cura. MIL. = d. ...para ponernos. ARG.<sub>1,2</sub>, BENJ. = e. No hay que maravillarse. ARG.<sub>1,2</sub>, BENJ. = f. ...siendo él tan buen caballero andante. C.<sub>1</sub>,

L.<sub>1,2</sub>, FK. — ...también de caballero andante. TON. — ...también caballería andante. ARG.<sub>1,2</sub>, BENJ. — ...siendo él tan buen caballo andante. MAI. = g. ...en las desdichadas. BR.<sub>3</sub> = h. ...porque esta bestezuela. GASP.

Ella fué más adelante el regalo de boda que hizo el Campeador á los esposos de sus hijas:

«Hyo quiero les dar axuar tres mill marcos de plata;  
Darvos mulas é palafrés muy gruesos de sazón;  
Cavallos pora diestro fuertes é corredores;  
É muchas vestiduras de paños é de ciclatones.  
Darvos he dos espadas á *colada* é á *tizón*...»

(V. 2580-2585.)

En los romances, en las crónicas y en las *Partidas* del Rey Sabio, se encuentran repetidas veces las palabras *tizón* y *tizona*, como objetos que relumbrian y queman.

4. — Pues ¿qué mayor desdicha puede ser. — Aunque no sea dado dibujar con rigor matemático los rasgos que ofrece la fisonomía del castellano, todavía cabe decir (por lo que mira al hipébaton) que, con todo y ser grande la libertad de la lengua en este punto, acaso no consenta trastrueque de palabras como el que aquí nos ofrece el novelista.

mí, desde aquí, á algún castillo donde sea curado de mis heridas<sup>a</sup>; y más, que no tendré á deshonra la tal caballería, porque me acuerdo haber leído que aquel buen viejo Sileno, ayo y pedagogo del alegre dios de la risa, cuando entró en la ciudad de las cien puertas, iba  
5 muy á su placer caballero sobre un muy hermoso asno.

— Verdad será que él debía de ir caballero como<sup>b</sup> vuestra merced dice, — respondió Sancho; — pero hay grande<sup>c</sup> diferencia del ir caballero al ir atravesado como costal de basura. »

Á lo cual respondió D. Quijote: « — Las heridas que se reciben  
10 en las batallas, antes dan honra que la quitan: así que, Panza amigo, no me repliques más, sino, como ya te he dicho, levántate<sup>d</sup> lo mejor que pudieres y ponme de la manera que más te agradare<sup>e</sup> encima de tu jumento; y vamos de aquí antes que la noche venga y nos saltee<sup>f</sup> en este despoblado.

15 — Pues yo<sup>g</sup> he oído decir á vuestra merced, — dijo Panza, — que es muy de caballeros andantes el dormir en los páramos y desiertos lo más del año, y que lo tienen á mucha ventura.

— Eso es, — dijo D. Quijote, — cuando no pueden más, ó cuando  
20 están enamorados<sup>h</sup>; y, es tan verdad esto, que ha habido caballero que se ha estado sobre una peña, al sol y á la sombra y á las inclemencias del cielo, dos años sin que lo supiese su señora, y uno destos fué Amadís cuando, llamándose Beltenebros, se alojó en la Peña Pobre<sup>i</sup>, ni<sup>j</sup> sé si ocho años ó<sup>k</sup> ocho meses, que no estoy muy bien

a. ...heridas. MAI. = b. Verdad será que ese viejo iría á placer como. ARG.<sub>2</sub>. = c. ...gran. TON., CL., RIV. = d. ...levántame. PELL. = e. ...te agrade. ARR. = f. ...santee. BR.<sub>2</sub>. = g. Pues oy he. L.<sub>1</sub>. =

h. ...están desfavorecidos en sus amores. ARG.<sub>2</sub>. — ...están enamoradas. FK. = i. ...Peña Polio. C.<sub>1</sub>, L.<sub>1,2</sub>. = j. ...no sé. ARR., ARG.<sub>1,2</sub>, BENJ. = k. ...años á ocho meses. ARG.<sub>1,2</sub>, MAI., BENJ., FK.

3. ...Sileno. — Pedagogo de Baco, dios de la risa, aparece, en el drama satirico de la literatura clásica, caballero sobre su asno. Cervantes, que recordaba el verso de Horacio:

*An custos famulusque dei Silenus alumni*  
(Epístola *Ad Pisonem*, v. 239),

le introduce en este pasaje, aunque confundiendo á Tebas de Beocia con la Tebas de Egipto, caminando muy á su placer en la humilde cabalgadura antes citada.

9. « — Las heridas que se reciben en las batallas, antes dan honra que la quitan. — Esta misma idea la expresó con más novedad, como veremos luego, en el prólogo de la segunda parte.

22. ...Peña Pobre. — Véase nuestra nota, t. I, pág. 38.

en la cuenta: basta que él estuvo allí haciendo penitencia por no sé qué sinsabor que le hizo la señora Oriana. Pero dejemos ya esto, Sancho, y acaba, antes que suceda otra desgracia al jumento como á Rocinante.

— Aun ahí sería el diablo », dijo Sancho. Y despidiendo treinta  
5 ayes y sesenta suspiros, y ciento y<sup>a</sup> veinte pésetes y<sup>b</sup> reniegos de quien allí le había traído, se levantó, quedándose agobiado en la mitad del camino como arco turquesco sin poder acabar de enderezarse; y, con todo este trabajo, aparejó su asno, que también había  
10 andado algo distraído con la demasiada libertad de aquel día; levantó luego á Rocinante, el cual, si tuviera lengua con que quejarse, á buen seguro que Sancho ni su amo no le fueran<sup>c</sup> en zaga. En resolución: Sancho acomodó á D. Quijote sobre el asno y puso de reata á Rocinante, y, llevando al asno del<sup>d</sup> cabestro, se enca-

a. ...y ciento veinte. ARG.<sub>1,2</sub>, BENJ. = | AMB. = d. ...al asno de cabestro. C.<sub>1,2,3</sub>,  
b. ...pésetes, reniegos. L.<sub>1</sub>. = c. ...fuera. | L.<sub>1,2</sub>, BR.<sub>1,2,3</sub>, BOW.

7. ...se levantó, quedándose agobiado en la mitad del camino como arco turquesco. — De la observación, más que del estudio, sacó Cervantes el rico joyel de sus comparaciones y metáforas: en verdad, no asistió á las aulas de Arquitectura; y, con todo, ¡qué exactitud la de esta comparación! Lo saben todos: el *arco turquesco* es el árabe ó de herradura, mayor que el de medio punto; pero que se alarga, bajo del diámetro, no en líneas rectas, sino en líneas entrantes, tendiendo á completar el círculo. Parecido á éste, pues, era el encorvamiento de Sancho.

9. ...su asno, que también había andado algo distraído. — Púsose en el tomo primero, pág. 18, lín. 12, « enamorado *distraído* », y en la 74, lín. 12, « *distraídas mozas* », no por afán de novedad ni por falta de respeto á las dos primeras ediciones de Cuesta, sino porque, considerando estas voces como formas vacilantes, entendemos que no nos ha de alcanzar la censura de los doctos. Los que juzguen desprovisto de fundamento este nuestro parecer, pueden acogerse á lo que escribió el académico Cabrera cuando dijo:

« Se ha puesto *destraido* conforme á las dos primeras ediciones de 1605, desdeñando la palabra *distraído* que se halla en la edición de 1608; y para ello se han tenido á la vista las razones que dieron motivo á la nota sobre *destraidas mozas*. »

Y ¿qué razones son? Sólo da una el, por otros conceptos, respetable crítico: « *Destraidas mozas*. — Así es como se lee en las dos primeras ediciones de 1605; la palabra *distraídas*, que se encuentra en la de 1608, es de creer que sea cosa de la imprenta, no de Cervantes, mediante que éste usa de la voz *destraida* en la II parte, cap. 1. y de las palabras *destrae* y *destraido* en el cap. 2 de la misma parte. »

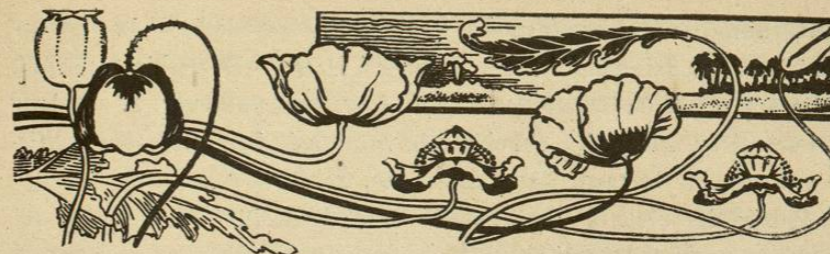
Ínterin no se demuestre que *distraído* fué yerro de imprenta, seguiremos creyendo que es forma vacilante, y que lo mismo pudo leer el cajista en el manuscrito, no muy correcto, *destraido* que *distraído*.

minó poco más á<sup>a</sup> menos hacia donde le pareció que podía estar el camino real; y la suerte, que sus cosas de bien en mejor iba guiando, aun no hubo andado una pequeña legua, cuando le deparó el camino, en el cual descubrió una venta, que, á pesar suyo y gusto  
5 de D. Quijote, había de ser castillo. Porfiaba Sancho que era venta y su amo que no, sino <sup>b</sup> castillo; y tanto duró la porfia, que tuvieron lugar, sin acabarla, de llegar á ella, en la cual Sancho se entró, sin más averiguación, con toda su recua.

a. ...poco más ó menos. V.<sub>1,2</sub>, BR.<sub>1,2</sub>, GASP., MAI., FK.  
b. ...sino que castillo. V.<sub>1,3</sub>, MIL.

1. ...poco más á menos. — Se advierte variedad en una misma edición sobre la frase *poco más á menos*, pues se ha observado que en las dos ediciones de Valencia, primera y segunda de Bruselas, y en las de Gaspar y Roig, Máinez y Fitzmaurice-Kelly, dicen en este capítulo «poco más ó menos»; y algunas de ellas, en el 7, leen «poco más á menos».

4. ...en el cual descubrió una venta, que, á pesar suyo y gusto de D. Quijote, había de ser castillo. — No le abandona ni un punto la Musa de su hermoso humorismo. ¿Cómo el héroe, tan pulcro en lo que atañe á las leyes caballerescas, no comprende el ridículo de presentarse atravesado en un asno? Si lo cómico no fuese siempre compañero de la pluma de Cervantes, ¿no parecería extraño este presentarse del caballero ante el castellano? ¿No es, por ventura, D. Quijote, fiel cumplidor de cuanto había leído en los libros andantescos? ¿Ó es que hubo algún paladín que se presentase de modo parecido?



## CAPÍTULO XVI

De lo que le<sup>a</sup> sucedió al ingenioso hidalgo en la venta  
que él imaginaba ser castillo

EL ventero, que vió á D. Quijote atravesado en el asno, preguntó  
5 á Sancho qué mal traía. Sancho le<sup>b</sup> respondió que no era nada, sino que había dado una caída de una peña abajo, y que venía algo brumadas las costillas. Tenía el ventero por mujer á una no de la condición que suelen tener las de semejante trato, porque

a. De lo que sucedió. Riv. = b. Sancho respondió. BR.<sub>2</sub>.

Representación de caso ficticio, de sucesos familiares, cuadro en verdad realista; el de este capítulo luce á los ojos del crítico por ser fragmento de un todo orgánico, fragmento con el que se explican otros muchos. Mas, si la crítica lo considerara aisladamente, al punto el elemento ético recabaría sus fueros; y el estético, aun para los que piden el divorcio entre la bondad y la belleza, habría de declarar que no es aquí donde el genio maravilloso de Cervantes se levanta sobre todas las creaciones literarias; que no es aquí donde se espacia creando un nuevo mundo poético, ya que la inspiración de estas páginas arranca de fuentes conocidas, si bien el agua brota con ímpetu como si naciera de hondo y propio manantial.

Línea 7. ...no de la condición que suelen tener las de semejante trato. — Al cuadro del cap. 3. en que aparecen la Tolosa y la Molinera, suceden aquí líneas más suaves. Á la mofa de aquéllas, reemplaza ahora, como hermoso contraste, la caritativa mano de la mujer del ventero, la de su hija y hasta la de Maritornes, que es la encargada de curar á Sancho; y de tal suerte lo hacen, que ni aun sombra de ironía descubrimos en la extrañeza que les producían amo y escudero, ni en el asombro de que ni siquiera hubiesen mejorado de condición.